

A DON PEDRO MUR...

Enrique Satué Oliván-2019

Una placa de texto críptico, colocada en la fachada de una vieja escuela rural clausurada al pie del macizo de San Juan de La Peña, me hizo interesar hace años por la figura de un maestro muy reconocido. El pueblo era Bernués y el docente, don Pedro Mur Galindo, que había ejercido en dicha escuela, entre 1887 y 1931, la friolera de 44 años.

Dada la información que recibía, me preguntaba cuáles eran los parámetros por los que la sociedad rural, medianil entre los siglos XIX y XX, convertía la figura de un maestro en leyenda.

También me motivó el hecho de poder contar con una informante singular, gran persona y maestra, que además de ser discípula de don Pedro, como él también regentó la escuela de Bernués entre los años 1959 y 1974, en los convulsos años del cambio social, del éxodo rural y del cambio educativo de la Ley General de Educación.¹

El artículo se ha efectuado en base a la información facilitada por dos informantes, además de Dalia (Laura Visús, nacida en Bernués en 1925, y Felipe Sarasa Calvo, maestro jubilado en Jaca y conocedor de la zona), la documentación del Archivo Histórico Provincial de Huesca, La hemeroteca del Diario del Alto Aragón de Huesca, y el archivo particular de Dalia, fundamentalmente recortes de la prensa jacetana (semanario *La Unión* y revista *A Gargalé*).

Del llano a la montaña

Nuestro protagonista nació el 19 de octubre de 1859 en Novales, al sur de la Hoya de Huesca, en el seno de una familia artesana, de tres hijos, donde el padre ejercía de herrero. En 1887 sería destinado como maestro de primera enseñanza elemental a la escuela de Bernués y en esta localidad acabaría sus días, el 16 de febrero de 1936, a la edad de 72 años, en las fechas en que el semanario *La Unión* de Jaca reflejaba tanto su esquelera mortuoria como el triunfo del Frente Popular en la localidad. “Yo no lo veré, pero vosotros sí porque en tres meses estallará una guerra” –cuentan que decía don Pedro.

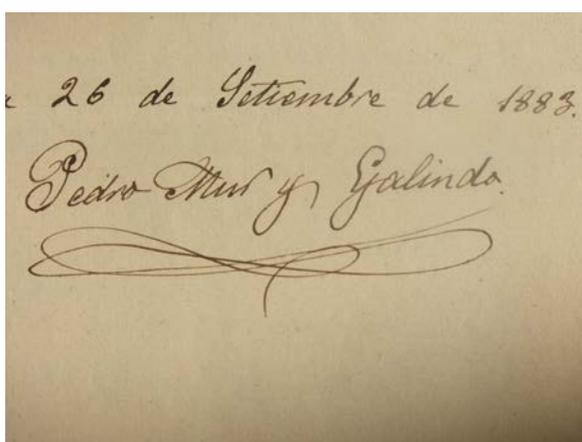
¹ Dalia Viñau Fatás nació en Bernués en 1925 y ejerció en las siguientes escuelas del Pirineo: Yosa, Oto (1949-52), Arto (1952-59), Bernués (1959-74) y el grupo escolar San Juan de La Peña, de Jaca, entre 1974 y 1991 en que se jubiló.

En Bernués se casaría con Ramona, viuda del amo de Casa Zaragozano, con la que no tendría descendencia y en cuyo domicilio viviría hasta la muerte.

El tesón de don Pedro

Tal vez la eficiencia educativa de Pedro Mur residiese en lo tarde que había comenzado sus estudios y en las dificultades que había encontrado en ellos. Cursó en la Escuela Normal de Magisterio los estudios de “Maestro de Primera Enseñanza Elemental” y los comenzó con 24 años, con notables tropiezos académicos.

Aquel plan de estudios, regulado por el Reglamento de 15 de junio de 1864, era heredero del que implantó la Ley Moyano de 1857. Es decir, constaba de dos cursos en los que se estudiaba doctrina cristiana, lenguaje, aritmética, geografía e historia, dibujo, geometría, agricultura y pedagogía, y estaba pensado para la alfabetización del medio rural que, por entonces, dominaba en España. Superados los dos cursos y una reválida, se obtenía el título de maestro elemental. Esta constaba de una prueba escrita y una oral. En la oral, Pedro Mur, desarrolló, entre tres temas sacados al azar, el número 31: “Objeto, importancia y dificultades de la lectura. Época en la que se debe empezar esta enseñanza. Clasificación de los métodos”. En su desarrollo se centró en los métodos analíticos y sintéticos, al tiempo que proponía, dada la complejidad que encerraba, su enseñanza tan pronto como la criatura pronunciara palabras. El escrito de la reválida estaba compuesto por tres problemas, un dictado y un ejercicio caligráfico en una plantilla Iturzaeta nº 1.

A photograph of a handwritten document. The text is written in cursive ink on aged paper. The top line reads "26 de Setiembre de 1883." Below it, the name "Pedro Mur y Galindo" is written in a large, flowing cursive script. Underneath the name is a decorative flourish consisting of several loops and lines.

Firma estampada en la solicitud de ingreso en los estudios de maestro por Pedro Mur

En 1887, al año siguiente de aprobar dicha prueba y obtenido el título de maestro elemental, obtuvo como interino la escuela de Bernués, en la que haría toda su carrera profesional.

Grande debía ser el espíritu de superación de don Pedro y su amor a la profesión, porque en 1897, con 36 años, los libros de la inspección educativa (AHPHU) dicen de él lo siguiente: “Que se remitan oficios laudatorios á los maestros de Bernués y Javierrelatre, D. Pedro Mur y D. Martín Alegre, por el buen estado de instrucción y de disciplina que tienen las escuelas de su cargo”.

Hecho que se reafirma cuando en 1915, con la entrada edad de 56 años, aprueba la reválida que le concedía el título de Maestro de Primera Enseñanza Superior, prueba que le daba acceso a la condición de propietario definitivo de la escuela que rigió hasta el 16 de julio de 1931, en que se jubiló con 72 años.

La letra con temor entra

La vieja escuela de Bernués en la que trabajó Pedro Mur durante 44 años estaba ubicada en un edificio público, característico del siglo XIX, un modelo en que se daban cita estancias tan dispares como la herrería, la cárcel, la escuela y el ayuntamiento, arquitectura todavía alejada de las normas higienistas que comenzaron a llegar en la Dictadura de Primo de Rivera.

En el caso de Bernués, dicho edificio quedaba atravesado por un pasaje abovedado por cuya izquierda se entraba a la escuela, al tiempo que por la derecha se accedía a la cárcel.



Antiguo edificio que albergó la escuela y la cárcel de Bernués hasta 1935.

Con todo ello, según la tradición oral, la escuela de don Pedro estaba bien dotada para la época, hecho que se atribuía a las buenas relaciones sociales que él desplegó desde la humilde escuela.

Su calefacción procedía de una estufa de leña, suministrada periódicamente por los padres.

El análisis de las fuentes nos dice que a don Pedro le gustaba el porte distinguido, siempre trajeado y con su característica gorra. Y todas ellas coinciden en su proceder “duro, rígido y riguroso”.

Una búsqueda a través del eco pedagógico que ha permanecido en el recuerdo muestra la barandilla que mandó fabricar alrededor de su mesa como el escenario en el que se colocaba el alumnado para prodigar el cálculo mental y el diálogo socrático –“Nos enseñaba como en la Universidad, decía Manuel Viñas”.

Por otra parte era constante la relación que establecía entre sacrificio y aprendizaje. Por ejemplo Dalia Viñas recuerda haber aprendido el “Señor mío Jesucristo” de rodillas, no como castigo, sino como “estimulo” para aprenderlo antes.



Don Pedro Mur junto al alumnado de la escuela de Bernués en 1930. Por la izquierda, y sentada, la niña Laura Visús, nacida en 1924, que me informó desde Madrid en 2015.

Entre las fortalezas de su magisterio destacaba la enseñanza de la Geografía, apoyada en mapas, la caligrafía, y la lectura, mejorada por una biblioteca bien dotada en que cada libro tenía varios ejemplares.

Don Pedro era remilgado, y seguramente fue él quien propició aquella entrega de un ramo de flores, en el día de su santo, que tan bien recuerda Dalia: “Por la mañana temprano/ cantaban las codornices/ y por su piquito decían: / “Don Pedro que las tenga muy felices”.

Entre los castigos que más utilizaba destaca uno que se hizo célebre: el colocar a la criatura unas orejas de pollino, de cartón, y un cartel a la espalda que decía: “soy un burro”. Escena que era complementada por los compañeros, quienes iban detrás de él y gritaban: “!Ya lo sabemos!”

Ni que decir tiene que estas ligeras pinceladas de la cosmovisión pedagógica de la escuela de don Pedro no puede ser interpretada desde la realidad social actual. Por ello la pregunta clave es la siguiente: Con estas prácticas, ¿por qué el magisterio de Pedro Mur se hizo legendario en aquella montaña?

Además del quehacer reglado, daba clases de adultos, ejercía de juez de paz e, incluso, sugería nombres para los recién nacidos de la zona, de allí la abundancia de nombres bíblicos que se impusieron a comienzos del siglo pasado por los alrededores de Bernués: Neftlí, Diogeniano, Melquisedec en Alastruey, Malaquíás en Bailo...Influencia que se debía a que su quehacer educativo atraía infantes de pueblos próximos como Anzánigo y Santa Engracia y, sobre todo, de pardinas, casas aisladas, como las de Uruel o Vizcarra.

El eco de su obra

Tanto las fuentes orales como la crónica que hace el semanario La Unión unos días después de su muerte coinciden en las notas básicas que definen la obra que realizó don Pedro.

En primer lugar, el nombrarlo como “maestro nacional”, era un mecanismo de encumbramiento, seguramente contaminado por el conceptualismo republicano del momento.

Además se dice que la obra del maestro se reconocía en “toda la montaña”, es decir el Pirineo occidental aragonés, afirmación relacionada con la unidad social que encarnaba La Casa, profundamente jerarquizada, donde los postulados pedagógicos de don Pedro

venían como anillo al dedo –“El vecindario de Bernués es uno de los más cultos de la montaña”, decía la crónica del semanario La Unión.

Finalmente, el reconocimiento hacia Pedro Mur llegaba especialmente desde las personas que habían emigrado desde Bernués hacia el mundo urbano o hacia Argentina, hecho que remarca el vínculo que tuvo, desde los orígenes, la escuela rural con la emigración, pues el currículo escolar no se orientaba hacia la permanencia en los pueblos, sino que, desde comienzos del siglo XX, éxito escolar y éxodo iban parejos. Así se habla de la “generación de don Pedro”, al tiempo que se dice que “de Bernués *salió* gente muy bien preparada” (un farmacéutico, un capitán de estado mayor, guardiaciviles y carabineros, maestros, emprendedores que marcharon a Argentina, etc.)

De Bernués al cono sur americano

La emigración hacia Argentina desde el mundo rural, a comienzos del siglo XX, no ha sido estudiada. Las fuentes orales me han mostrado estos años que, desde el Pirineo, fue muy intensa, sobre todo en aquellos núcleos donde se produjo un viaje exitoso que, acto seguido, reclamaba a familiares o vecinos: Bernués, Ansó, Villanúa, Gavín, Linás de Broto...

Otro aspecto a analizar es que aquella emigración se producía bajo un agradecimiento hacia la comunidad de origen, hecho que podemos constatar por toda la geografía nacional, a través de la proliferación de las ayudas escolares, de todo tipo, que hacían los asentados allende del océano a sus pueblos. Un hecho que nos lleva a pensar en el comportamiento de otros movimientos migratorios posteriores en los que el agradecimiento fue cambiado por la denuncia.

Es en este marco cuando las veinticinco personas, de ambos sexos, emigrados en los años veinte al prometedor escenario argentino, responden en bloque ante dos situaciones vitales de su antiguo maestro, al que consideraban artífice de su éxito social.

La primera se produce en 1931 con la jubilación de don Pedro, al que remiten un hermoso pergamino que dice: “A don Pedro Mur, sus ex discípulos radicados en la república argentina le dedican este recuerdo como prueba de gratitud y afecto, con motivo de su jubilación en el Magisterio. Buenos Aires, diciembre de 1931”.



Detalle del pergamino guardado hoy en Casa Zaragozano de Bernués.

El pergamino se conserva en Casa Zaragozano de Bernués y lo firman 23 personas, siendo Carmen Viñau la primera y Nicanor Aso Lacasta la última.

La segunda respuesta de los antiguos alumnos emigrados a Argentina se produce cuando tres años después de la jubilación, en 1934, don Pedro pierde una pierna por gangrena y deciden hacer una cuestación para comprarle una ortopédica.

Y, finalmente, la larga estela de reconocimientos parece llegar cuando fallece y aquellos alumnos costean parte de los gastos funerarios. "Parece", porque el eco de don Pedro, cada vez más diluido, aún perdura.

La placa y la nueva escuela de Bernués

La escuela de Bernués fue clausurada el 8 de noviembre de 1984.

El nuevo edificio, levantado a las afueras del pueblo, en el camino de Las Landas, se empezó a construir en 1935 y lo finalizó, tras la guerra, Regiones Devastadas. Se trata de un edificio de planta rectangular, de un solo piso, cubierto a cuatro aguas y con ventanales amplios, higienistas.



La nueva escuela de Bernués, clausurada en 1984.
Placa dedicada a don Pedro Mur Gavín y escolares a comienzos de los setenta (maestra: Dalia Viñau)

Una vez, más en la inauguración estuvo presente el eco del maestro por antonomasia de Bernues, don Pedro, y el alcalde Antonio Viñau que en su juventud había emigrado temporalmente a Argentina, promovió la colocación de una placa cuyo texto, por error, aún dice: “A DON PEDRO MUR SUS EX ALUMNOS LE TRIBUTAN”, sin el “AGRADECIMINETO Y RESPETO”, que era la intención original.

El texto, como el maestro se quedó cojo, pero su eficacia perdura.